

Anabel Arias

Licenciada en Terapia Ocupacional. Egresada de la Universidad Nacional del Litoral (2010).

Especialista en Salud Mental. Egresada de la Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental (RISaM) Sede Paraná- Entre Ríos (2014).

Colaboradora docente y supervisora de la RISaM (2013-actualidad).

Instructora de la RISaM (2016-actualidad).

Ex miembro del equipo de Hospital de Día y del Equipo de Guardia Interdisciplinaria.

Miembro de Dispositivo de Atención Psicosocial.

Miembro Vocal del Comité de Docencia e Investigación. Hospital Escuela de Salud Mental. Paraná. Entre Ríos.

anabelarias85@gmail.com

Silvana Suppo

Terapeuta Ocupacional. Egresada de la Universidad Nacional del Litoral (1994).

Colaboradora docente y supervisora de la Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental.

Ex Miembro de Dispositivo de Atención Psicosocial.

Ex Secretaria del Comité de Docencia e Investigación. Hospital Escuela de Salud Mental. Paraná. Entre Ríos.

Redactora del Plan de Estudios 2015 de la Tecnicatura Universitaria de Acompañamiento Terapéutico de la Universidad Autónoma De Entre Ríos.

Docente de la Cátedra Prácticas de Acompañamiento Terapéutico 2. Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental.

supposilvana@gmail.com

Resumen

El siguiente trabajo corresponde a una presentación realizada en las II Jornadas “Diálogos y experiencias en salud mental: Desafíos actuales en la región del Litoral” el pasado noviembre en la ciudad de Paraná, Entre Ríos en la cual se comparten reflexiones respecto de una experiencia grupal desarrollada en el Dispositivo de Atención Psicosocial del Hospital Escuela de Salud Mental (HESM). En esta oportunidad, bajo la consigna de dialogar sobre redes, economía solidaria y feminismos, el encuentro posibilitado en las jornadas, puso en escena las configuraciones del trabajo, tramadas entre usuarias/os y trabajadoras/es de salud mental, como así también, la dimensión de la perspectiva de género como eje transversal a ser pensado en las prácticas clínicas. Invitación a resituarnos respecto de algunos *desafíos actuales*, que permitió que nos acompañaran Sandra Spampinato, Daniela Testa y Valentina Vinzón, quienes se acercaron para compartirnos sus recorridos, junto a otras/os referentes locales, colegas del otro lado del río y emprendedoras/es.

Palabras Claves: salud mental, solidaridad, redes de comunitarias.

Abstract

The following work corresponds to a presentation made at the II Conference “Dialogues and experiences in mental health: Current challenges in the coastal region” last November in the city of Paraná, Entre Ríos in which reflections are shared regarding a group experience developed in the Psychosocial Care Device of the Mental Health School Hospital (HESM). On this occasion, under the slogan of dialogue about networks, solidarity economy and feminisms, the meeting held in the conference, put on stage the work configurations, plotted between users and mental health workers, as well as the perspective dimension of gender as a transversal axis to be thought of in clinical practices. Invitation to relocate us regarding some current challenges, which allowed Sandra Spampinato, Daniela Testa and Valentina Vinzón to join us, and share experiences with other local referents, colleagues on the other side of the river and entrepreneurs.

Key words: mental health, solidarity, community networks.

Prólogo¹

Esta conferencia formó parte de las presentaciones que se realizaron en las II Jornadas “Diálogos y experiencias en salud mental: Desafíos actuales en la región del Litoral” el pasado 22 y 23 de noviembre en la ciudad de Paraná, Entre Ríos. “Diálogos y experiencias” representa la iniciativa motorizada desde el esfuerzo inquieto y crítico de cuestionar lo dado, pero fundamentalmente del deseo por *transformar* realidades. Valoramos estas apuestas de las/os terapistas ocupacionales, residentes de la RISaM para generar estos espacios, y el encuentro con los colegios de Entre Ríos y Santa Fe que permitieron sostener y concretar estas acciones conjuntas.

Conmovidas/os por la diversidad de prácticas y dispositivos creados dentro y fuera de las instituciones, en la perspectiva de una potencia instituyente, el espacio se propone resistente, rebelde, desobediente a la arremetida simbólica y material de destrucción de los lazos y los haceres, propia del capitalismo. En esta oportunidad bajo la consigna de hablar sobre redes, economía solidaria y feminismos, el encuentro puso en escena las actuales configuraciones del trabajo tramadas entre usuarias/os y trabajadoras/es de salud mental, como así también, la dimensión de la perspectiva de género como eje transversal a ser pensado en las prácticas clínicas.

Estas segundas jornadas pusieron en evidencia la necesidad de disponernos en *diálogo*, es decir en esa posición de intercambio con otras/os, de dejarnos tocar por lo otro, lo extranjero, lo distinto, y que decimos que es una primera coordenada, básica, para pensar en la producción de Interdisciplina. La disposición al diálogo es ese poder dar lugar a otras/os con quienes escuchar el llamado que nos hace la actualidad de acercarnos a nuevas formas de vincularnos con la clínica. Es ese lugar donde precisamente se construyen y transforman los sentidos. Y cuando se produce algo del “encuentro” y de la “transmisión”, es posible generar y potenciar entramados. Estas II jornadas fueron una nueva oportunidad para cruzarnos, conocernos, escucharnos, poner a jugar y discutir saberes para construir posicionamientos y sostenerlos.

Y lo que se puso en diálogo en estas jornadas fueron precisamente *experiencias*, no solo prácticas en el campo de una salud mental que se suponen en contexto, en territorio, en el abordaje de los problemas de nuestra población, o sea todos los actos de exteriorización sobre otras/os que hacemos en función de nuestros saberes, sino aquellos actos que hemos podido interiorizar y que suponen una transformación. Fieles al sentido de que nuestras prácticas tienen que ser antidesestinos, recrear y transformar realidades. En este punto, las jornadas permitieron

¹ Esta conferencia contiene lenguaje inclusivo, el cual promueve la visibilización, la libertad y el respeto a las diversidades de géneros; evitando la reproducción de estereotipos, sexistas y binarios, impuestos y discriminatorios.

compartir pequeñas “conquistas”, de las apuestas en las que el Estado pudo dar tratamiento a los temas que nos convocan, pero fundamentalmente las que a modo de micropolítica vamos haciendo. Conquistas siempre vulnerables y por tanto es que se vuelve necesario defenderlas.

En este resituarnos respecto de algunos *desafíos actuales en la región del litoral* -y un poco más allá del litoral también- que tenemos todas/os quienes construimos en el campo de la salud mental y sobre todo de lo público.

Iniciativa que permitió que nos acompañaran Sandra Spampinato, Daniela Testa y Valentina Vinzón, que se acercaron a compartirnos sus recorridos, junto a referentes locales, colegas del otro lado del río y emprendedoras/es.

Invitadas a compartir las reflexiones de una experiencia desarrollada en el Dispositivo de Atención Psicosocial del Hospital Escuela de Salud Mental (HESM), desatamos la compleja madeja de hilos heterogéneos que supone la generación de espacios que intentan ser habitables y hospitalarios en el sistema de la salud pública. Convencidas del irreductible que entiendo de la transmisión respecto de su condición de imposibilidad, hacemos circular estas preguntas que seguramente encuentren estaciones comunes con otras/os y también, por qué no, inventos, nacidos de la apuesta insistente de recrear mundos en los que sea posible vivir.

Compartir una experiencia, entrar en diálogo, disponer de un tiempo y espacio para volver sobre nuestras intervenciones, desandar algunas prácticas para hacerlas visibles y sólo desde allí transformables.

Hace un tiempo alguien dijo citando a Gramsci, que se trataba de pasar del pesimismo de la estructura y de la razón, a la alegría de la acción, y estas jornadas han sido un acto de ello.

Introducción

Nostálgicas a un tiempo de trabajo compartido, nos encontramos sacándole el polvo a notas, crónicas, supervisiones y palabras que fueron y vinieron, que nos acompañaron y abrazaron en los momentos de producción, pero fundamentalmente en los tiempos de inercia, en los que “la cosa se pone rara” y se hace necesario relanzar el deseo.

Nos interesa en esta presentación, abordar algunas puntuaciones devenidas del trabajo grupal que nos ha enlazado en nuestras prácticas clínicas hospitalarias: *el Taller de Cocina*.

Los principales ejes de esta presentación son:

- La invitación a un trabajo, suponiendo que propuestas como estas producen relaciones con el lazo social vulnerado. Así es que intentaremos recorrer ese enunciado “restauración del lazo social” que es, aunque algo trillado, horizonte de nuestras intervenciones.

- El repensar la maquinaria de lo grupal. Es decir, ¿qué producen las grupalidades mediadas por la oferta de espacios laborales en los procesos concernientes a la subjetividad?
- La producción de lecturas clínicas respecto de nuestra función de coordinación. Buscando abrochar sentidos en la recurrencia de la pregunta sobre nuestras prácticas.

Decimos que el hospital supone un lazo potente en el armado de lo cotidiano, habilitando grupalidades de modo más o menos espontáneas o en el marco de estrategias de tratamiento. En este sentido, creemos que “lo grupal”² es mucho más que un recurso terapéutico o clínico. Lo pensamos como andamiaje político, de resistencia, atravesado por tensiones, disputas, por lo macro que nos arrasa y lo micro que surge.

En nuestra historia institucional, “la cocina” se ha metamorfoseado según quienes, año tras año, nos hemos anudado al mismo, siendo de momentos un taller de capacitación laboral, un microemprendimiento, un espacio cultural de almuerzo, entre otras formas posibles de acontecer en un espacio con un recorrido de más de veinte años.

El año pasado supervisamos una de estas configuraciones del “Taller de Cocina”. Fuimos sin saber muy bien qué queríamos trabajar. Sabíamos que era la última en el ámbito hospitalario de una de nosotras que se jubilaba y por esos días andábamos duelando con relatos, desayunos, hurgando en las postales. Además, el taller con sus acontecimientos nos daba ganas de hablar(nos), así es que veníamos escribiendo crónicas de los encuentros que empezaban a sistematizar algo de lo que allí sucedía. Las cocinas, son quizás los espacios de las casas que más nos invitan a conversar.

Llegamos con todo eso junto, mezclado, a buscar un poco de *fuego*, ese elemento ancestral, sanador por su potencial en los rituales, presente en todas las cocinas de todas las casas que habitamos y nos habitan. Nos fuimos con la certeza de que son necesarios los *rituales* y con ellos la advertencia del tiempo ligado a la experiencia que hace marca. En ese sentido, la supervisión se inscribe, como pausa que interroga, como inercia interrogada y apostamos a que en esa operación se produzca otro ordenamiento, otras posiciones, otra escritura.

Una aclaración que nos parece importante es que no argumentaremos epistemológicamente la importancia de los grupos en las prácticas de salud. Desde las hordas del neolítico hasta los pañuelazos actuales, la historia se ha ocupado de dar cuenta de la importancia de lo colectivo. Creemos necesario trascender esas tradiciones académicas que nos interpelan en el tener que validar la existencia de determinadas prácticas: la oferta de las actividades, el hacer profesional de

2 Percia (1997) propone un corrimiento de pensar los grupos a “Lo” grupal como cierto estado o instancia de subjetividad, como un modo de estar sujeto a otros.

determinada disciplina, la participación grupal frente a los espacios individuales como principal recurso en las instituciones. Nos interesa ponerle voz a lo que acontece en lo cotidiano de nuestras prácticas, aproximarnos a los interrogantes que nos preocupan, echar mano a los fundamentos ontológicos de este modo de construir (Arias et al., 2017)

Breve recorrido histórico por la cocina

La oferta de actividades en el marco de espacios grupales, como una modalidad de abordaje y de tratamiento en los procesos de salud, tiene un origen no reciente en el campo de la salud mental en general, en esta institución en particular (el HESM), constituyendo una representación institucional que nos dona cierta identidad como dispositivo en lo singular (DAPs).

Espacios grupales, con sus particularidades y estilos en los que se pone en juego la idea de un producto, de producciones, la presencia de objetos, de materiales, herramientas y el uso de técnicas. En ellos se espera que quienes coordinamos habilitemos alguna operación, vía el hacer/trabajo/actividad que produzca un movimiento, que quiebre alguna repetición, que interdicte. Que genere ficciones para que la trama de los intercambios convoque/provoque al sujeto, la/o lleve al límite de una decisión, a medirse con otras/os. El ser convocado por un nombre (Martínez Antón, 2000), en este caso, el de emprendedor/a, tallerista, alumna/o, con frecuencia es el único “valor otorgado” para muchas/os de nuestras/os usuarias/os. Esto ocurre en los talleres y en las grupalidades y esto ha dado sentido a una práctica que reniega del chaleco farmacológico y de la mirada individual.

Decíamos antes que “La Cocina” tiene historia de muchos años en la institución. Quienes pensamos nuestra práctica en salud mental proponiendo actividades pareciera que la de comer nunca falla. Su primer fuego prende aproximadamente en el año 1995 ofreciéndose como un espacio laboral al que usuarias/os asistían diariamente en lo que era el Servicio de Terapia Ocupacional. A lo largo de estos casi 25 años, se ha reconfigurado año a año, propiciando la inclusión de sujetos que, por diferentes motivos, se han sentido convocadas/os con este hacer y sus diversas maneras de ofrecerlo. Ubicamos algunos elementos que se repiten en todas esas experiencias que involucran a “la cocina” y que nos interpelan:

1. La circulación de lo que se produce en el espacio, tiende a ser endogámico en tanto es comercializado principalmente en la institución, no ingresando al mercado, salvo algunas experiencias aisladas. Esto supone que el lazo social se vea empobrecido generando a su vez, un agotamiento en las/os “consumidores” o “receptores/as”.
2. Los cambios sucesivos en la coordinación condicionan permanentemente nuevas grupalidades y nuevas ofertas

del espacio. Entendemos que muchas veces éstos pasajes o trasposos de la coordinación se tornan en tropiezos y creemos importante ubicar que en ellos se anudan siempre intervenciones en un terreno que trastabilla entre lo clínico y lo institucional concerniente a las dinámicas de los equipos de trabajo.

3. La estructura del espacio suele sostenerse en el tiempo ofreciendo una dinámica de asamblea semanal y un espacio para la elaboración de productos.
4. Desde hace unos años no contamos con un agente en particular que aporte la transmisión de eso tan importante en las actividades: la técnica que ubica principalmente una terceridad.

Sobre las configuraciones grupales que nos llevaron a escribir

La grupalidad que trabajaremos en esta presentación se trama a principios del 2018, que es cuando comenzamos a coordinar juntas el taller. Una de nosotras venía de coordinarlo el año anterior con gran parte de las/os usuarias/os que decidieron sostener su participación en esta nueva oferta. Algo de nuestras historias piamontesas, y su relación con la cocina, se nos jugaba en esta elección y en las propuestas que fuimos haciendo. No llegamos a los grupos sin nuestras historias previas. La coordinación habita en las grietas que se forman entre lo subjetivo/histórico de cada una/o y la grupalidad que es cada vez. Las propuestas que fuimos formulando invitaban al tejido de una historia de todas/os a partir de la de cada una/o, o viceversa.

Ya en los primeros encuentros comenzamos a preguntarnos: ¿Por qué vienen estas/os usuarias/os? ¿qué las/os hace sostener el grupo? Les trasladamos estos interrogantes: Una/o usuaria/o refiere que se lo recomendó su equipo tratante, otra/o que necesita el dinero y “es condición asistir al taller para cobrar el PEL³”, otra/o dice que viene porque en la granja de rehabilitación aprendió a amasar, otra/o porque trabajaba en una panadería aunque ya no lo recuerde por su amnesia, una/o dice “voy a donde me llevan total acordé con el policía que en ese rato no me esté tan encima”, otra/o porque sus padres insistieron hasta lograr que la/o admitamos, otra/o porque quiere aprender, ¿será esta vez también en la repetición de sus aprendizajes errantes?

Desde la capacitación hasta la venta de un producto, este tránsito se impregna de modos institucionales, “protegidos”, en los que las/os profesionales habitualmente nos encontramos horadando algún sentido que nos deje un mínimo margen de intervención. En la búsqueda de horizontes productivos del

3 Los “Programas de Entrenamiento Laboral” son una iniciativa nacional que busca propiciar experiencias laborales para acceder al mundo del trabajo.

emprendimiento/taller/espacio, en ocasiones, se desdibuja aquello que supone la oferta de una actividad para un sujeto pensado en sus modos ocupacionales: ¿Qué sabe hacer? ¿qué se le juega en su participación? ¿cuáles son sus condiciones materiales, instrumentales para sostener la tarea? ¿qué puede ligar con esto que hace? ¿cómo construir en eso que aparece tan dañado a nivel de lazo?

En el año 2017 iniciamos los trámites para que las/os usuarias/os dispusieran de estos PEL. En ese momento nos reencontramos con la vieja pregunta acerca de si esa política pública destinada a los emprendimientos laborales y sectores vulnerables, permitía la restitución de algún derecho o reforzaba esa clásica fusión “locura y pobreza” que tiene su génesis desde hace ya varios siglos. Desde el gran encierro hasta nuestros días el sufrimiento subjetivo en matrimonio con la pobreza es algo que nuestras sociedades han insistido en encerrar (Suppo, 2015). La alternativa de gestionar planes sociales se presenta dentro de las posibilidades con las que contamos las/os trabajadores para promover estrategias de “inclusión” para las personas a las que se dirigen: sujetos que en general no han tenido experiencias de un empleo formal ni han podido concluir etapas de la educación formal. ¿Estamos tramitando modos de encierros encubiertos ya que la contraprestación se generaría en la misma institución?, ¿qué se espera que el dispositivo grupal/laboral produzca? Encerrona ideológica, encrucijadas que atraviesan la posición que las/os trabajadores/coordinadores intentamos compensar con lecturas clínicas.

Para ordenar esta madeja de líneas heterogéneas pensamos que sería necesario que una *norma* operara por sobre otras y en función de ella pensar las intervenciones. Ahora bien, ¿Cuál? ¿sería lo que las/os usuarias/os tienen en común?: ¿aprender? ¿trabajar? ¿cobrar? ¿incluirse? ¿nombrarse? Entonces, sería condición evaluar previamente las “capacidades”? ¿evaluar la complejidad de esa producción? ¿requiere uso de medidas, cálculo, de utensilios que suponen cierto riesgo, conocimientos respecto de la conservación de alimentos, secuencias etc.? ¿señalar cuando alguien no cumple con las condiciones de higiene personal y sancionarlo? ¿dar de baja el PEL de quien no sostiene lo acordado? ¿marcar las inasistencias al taller que no se informan previamente?

Comenzamos a trabajar sin tener respuestas consumadas. Habitamos por un tiempo cierto malestar que implica soportar un sinsentido inicial, y aquello que paradójicamente parece estar saturado de sentido. En el transcurso fueron apareciendo otras: ¿cómo intervenir sobre lo que no funciona en el armado de lo cotidiano y aflora en el taller?, ¿qué estrategias considerar para producir un real conocimiento técnico que supere ese “como si” del aprendizaje?, ¿cómo se ensambla la maniobra clínica con el aspecto técnico de la tarea?, ¿qué “emblemas” tendrían a trabajar algo “de lo común”? ¿se enlaza esto con aquella norma que debería inscribirse sobre las otras?

Algo fuimos pudiendo tramitar nosotras sobre la tramitación de los PEL, los cuales hoy los pensamos como un aparato ficcional que al modo ortopédico habilita recursos que ofrecen una terceridad, imponen condiciones, establecen cierta regulación del lazo, en el que el ordenador principal es el trabajo, la actividad, la circulación del dinero y en algunos casos, posibilitan la construcción con un afuera.

Antes de concretar la gestión de los PEL nuestras grandes preguntas se encontraban estructuradas en torno al *dinero*, ese objeto que en nuestra cultura se inscribe como “valor fálico”. Observamos que, en las particularidades del grupo, el dinero como objeto no se enlazaba a la tarea, ni a un proyecto futuro. Nos preguntábamos respecto del sentido de comercializar y ganar ochenta pesos⁴ por semana haciendo todo lo que se hacía (concurrir a la asamblea una mañana, organizarnos para comprar elementos, cortar, lavar, cocinar en otra jornada de producción, envasar, vender). A esos “costos” nosotras le sumábamos el malestar por tratar de rescatar otras cosas que no aparecían. Parecía que llevarse esos pesos era a cualquier precio. El dinero no estaba articulado a otra temporalidad más que a la lineal, inmediata: salir del taller y comprar cigarrillos. Ni al valor de la hora de trabajo, o al de las cosas en el mercado, o al de lo que se puede adquirir con ello. A comienzo del 2018 se conceden los PEL y empiezan a cobrar un ingreso mensual de \$3600 que resulta una diferencia abismal a las ventas de las producciones del taller que como mucho les permitía ganar \$400 por mes. A partir de eso, que veíamos como cierto descanso económico del “tener que producir si o si para vender”, propusimos un nuevo *itinerario* mensual: una semana en la que haríamos un encuentro de intercambio grupal; una de capacitación, y dos semanas que suponían la elaboración y venta. Además, se abrió un nuevo trabajo afuera del hospital: gestionar las tarjetas para el cobro, ir al banco, aprender a usar el cajero electrónico, tomar un colectivo, armar un recorrido.

Volvimos a repensar los *nombres*, práctica habitual en el campo de la salud mental la de nombrar los grupos/talleres/espacios/emprendimientos en tanto sostenemos que la actividad nos da un nombre (Martínez Antón, 2000). Esos actos de nominación, disponen cierto camino, abrochan sentidos, de cierta manera también condicionan. “La cocina” aparece con la potencia de la polisemia a lo largo de la historia del dispositivo institucional. ¿Con que nombres convocarlos? Que el taller se definiera por “lo laboral”, suponía el armado de una elaboración y su comercialización, un cobro para quienes asistieran, cierta organización de la economía, un fondo económico. Que se definiera por la “capacitación” implicaba que las/os usuarias/os realizaran los aprendizajes necesarios para lograr

esa producción, que establecieran los intercambios para que “algo” funcione como valor: la calidad del producto, su costo, la ganancia, el reconocimiento por la estética, su presentación, cobrar por eso. Que sea un espacio de “intercambio social”-compartir desayunos, almuerzos, salir a comer- suponía gestionar los materiales o el dinero necesario, aprender algunas técnicas, evocar historias previas, ligar estos rituales a lo cotidiano. Estos actos de nominación, no sólo ordenan algo de la tarea que nos reúne, sino que habilitan el devenir de algunas *insignias* que nos hacen prescindir de la palabra: una ropa adecuada, la construcción de un logo, un cartel, folletos. Pequeños montajes que van armando una ficción conjunta, que construyen un lugar de pertenencia. Nos resulta difícil pensar en procesos de subjetividad sin el armado de esa trama de signos y símbolos que son generados y sostenidos a través de la experiencia.

A partir del trazado de éste itinerario (que incluía las tres formas habituales en las que se suele ofrecer el taller: comer / aprender/ producir y vender), nos preguntamos también respecto de cuál de las actividades ofrecidas las/os convocaba principalmente y allí aparece claramente, la singularidad de cada sujeto. La de *comer* asomaba de manera transversal a todas/os. A veces la propuesta de “ir a un diente libre” insistía, otras la de “cocinar para comer”. En todas aparecía la demasía, el comer mucho, en cantidades a veces desmedidas. Nos interrogaba este modo de comer, esta oralidad de momentos compulsiva. Salvando algunas cuantas distancias, nos retornaba el “comedero” que teníamos antes en el fondo del hospital con su operatoria de institución total: esperar el timbre, hacer y esperar en fila a la entrada del comedor, sentarse en el lugar “asignado” por otra/o o en cualquier lugar totalmente indiferenciado, ser servido, comer sin pausas. Instancia que no suponía ni un rito social, ni un trabajo de intercambios, ni una decisión, ni el juego de rasgos singulares.

Ensayamos como hipótesis que en esa completud que supone “comer para estar llena/o”, algo del cuerpo se arma. ¿Será? Y ¿Qué intervención armamos sobre esas hipótesis?

De entrada, sabemos que comer no supone siempre un ritual social, y pareciera que algo de lo más primitivo, arcaico emerge también en ese acto. Visibilizado ese problema, intentamos que algo de eso sucediera: que en el estar juntas/os, algo se enlace a otra/o, que arme algún tipo de lazo. Que el roce con el semejante operara de bálsamo. Nos propusimos enlazar el comer. Enlazarlo a la elección de que comer, a la provisión de esos alimentos, al cocinarlos, a esperarnos para empezar, al dejar en condiciones el lugar. Ligarlo a una secuencia, del tiempo, de otras/os, de ritmos. En palabras de Paredes y Herrera (2016) coordinar tiene que ver con “dar o descubrir cierta continuidad en el discurso grupal, proponiendo los nexos que faltan”. Las/os coordinadores podemos escuchar, preguntar, sugerir, contestamos algunas preguntas, no privilegiamos ni

4 Durante ese año el dólar cotizó entre los \$16,10 y \$ 18,90 en el banco Nación. Según datos aportados por el INDEC en febrero de 2017 la canasta básica de alimentos rondaba en 1.821,02 y la canasta básica total en 4.425,08.

la interpretación ni los señalamientos individuales, más bien, intentamos anudar ciertos elementos del discurso grupal para devolverlos al grupo. Apuesta que tiene que ver con construir un espacio grupal como espacio habitable, y en ese sentido hospitalario. Graciela Jasiner, retomando ideas de Heidegger plantea que “construir un grupo será hacerlo habitable, y se irá habitando en la misma construcción. Entonces también será hospitalario.” (2008, p.176).

Sobre transferencia, coordinaciones y encuadres

Señalamos anteriormente que un elemento que se repite en el dispositivo tiene que ver con los cambios sucesivos en las coordinaciones. Muchas veces heredamos espacios con nombre propio, con propuestas ya constituidas, con encuadres consolidados y nos entrapamos en la búsqueda de un estilo propio que metamorfosee la continuidad. En ocasiones, de las grupales anteriores, solo quedan las coordenadas de día y horario que generosamente ubican cierto encuadre y habrá que saber esperar el momento, en que, para cada sujeto en cuestión, nuestro lugar tenga alguna función; y otras veces transcurre de manera más amena la reconfiguración de un orden distinto para todas/os a partir de lo que supone un nuevo grupo.

Hacemos la lectura –que intenta ser crítica- que muchos de esos movimientos no constituyen una especie de “pasaje” y entendemos que los efectos transferenciales pueden ser complejos para la grupalidad: se desarticula el escenario, el grupo no termina de consolidarse, faltan las/os usuarias/os, se desorganizan los encuadres, algún coordinador se enferma. Hay veces que los movimientos desarman la escena, desplazan un tiempo que empezaba a ser hilacha de uno propio. Nos cuesta en los equipos muchas veces advertir en qué momento los virajes entre los modos de habitar la coordinación son posibles, o producen efectos y cuáles. En el dispositivo trabajamos con grupos y en grupos. El equipo de coordinación, también lo entendemos como un grupo que produce, se mueve, se detiene, se estanca, se cronifica. Desde ese punto de partida, tramamos, trazamos y singularizamos estilos. Resonamos en el equipo ampliado con más preguntas para pensar la función de la coordinación y los tiempos de las constituciones grupales: ¿de qué modo armamos rituales en los pasajes de las coordinaciones?, ¿qué impronta damos a esas entradas/salidas?, ¿qué estilo tienen esas bienvenidas/despuestas?, ¿qué rasgo propio auspiciar en las herencias de coordinación? Pretendíamos con estas preguntas resituar el lugar de la coordinación, esa dimensión que no es sólo un elemento más del encuadre.

La coordinación de la cocina implicó poner a disposición elementos para construir un escenario, montar una escena. Posibilitar un encuadre implica encontrarnos a alguna hora, en algún lugar, disponer objetos, para producir algo, acercar algunos emblemas, cierta legalidad. Un anclaje continuo que

intente diferenciar una oferta para alguien desde donde es posible, luego, en otro tiempo, instaurar una ruptura, una discontinuidad, lo variable.

En las instituciones hay muchos elementos que se repiten, no siempre la institución inventa. Hay algunas repeticiones más al modo de una estereotipia y hay también otras necesarias para que algo devenga discontinuidad, novedad. Repeticiones que posibilitan ciertas regulaciones, que permiten alojar el lazo fracturado proponiendo cierta permanencia, el atravesamiento de lo reglado. El horario del taller, la permanencia de los coordinadores, la regulación que proponen las técnicas son dimensiones que operan en la línea de lo constante. Lo constante y lo variable, son dos fuerzas que como punto pivote habilitan distintos movimientos. Pensamos los encuadres al modo de andamios donde las marcas singulares puedan echarse a andar. Ordenamientos que permitan una trama común. Una relación necesaria entre lo que permanece -y forja ordenamiento- y lo que irrumpe -instalando alguna apropiación (Arias et al., 2017).

Reflexiones finales

¿Por qué compartir un escrito sobre grupales en una jornada en la que se espera ubicar los desafíos actuales? ¿esa actualidad lleva marcas de la historia? ¿supone la experiencia de lo grupal en nuestras prácticas un artificio para trabajar la regulación con el otra/o semejante, de la cultura? la invitación a compartir un espacio/ tiempo/ materiales ¿propicia una oferta para trabajar con la alienación a la que nos vemos conjugadas/os en estos tiempos? ¿Es posible la producción de contrastes en quienes la historia de vida aparece signada por las marcas de instituciones totales con excepcionales experiencias en el sostenimiento de actividades y ocupaciones vinculadas a la educación formal, al mundo del trabajo, a los viajes, a la organización de la cotidianeidad?

Intentamos ubicar nuestras preguntas más que las respuestas que hemos hallado en el trabajo diario. Algunos de los interrogantes que nos ayudaron a orientarnos en la producción de este escrito y a encontrar amarras en las tensiones propias de un campo múltiple en el que el desafío, próximos a cumplirse la consigna “por un 2020 sin manicomios” sigue siendo la difícil tarea de construcción de escenarios y ficciones que inscriban a las/os sujetos en cotidianeidades que les/nos sean más propias. ■

[Recibido: 8/12/2019 - Aprobado: 2/3/2020]

Referencias

Arias, A; Suppo S; Spadillero C; Flacon, O; Burgoa, G; Peter, R; Alcain P; Miraglio, M; Montigel, P; Fercher, B.; Raspini, C. (2017) Sobre grupales, instituciones, experiencias. Trabajo presentado en

- espacio de Ateneos Clínicos. Comité de Docencia e Investigación. Hospital Escuela de Salud Mental. Paraná, Entre Ríos. mimeo.
- Jasiner, G (2008) Las intervenciones del coordinador. En *Coordinando Grupos, una lógica para los pequeños grupos*, pp.176 -191. Buenos Aires; Lugar.
- Martínez Antón, M.R. (2000) La actividad y la ocupación. Revista *Materia Prima*, Primera Revista Independiente de Terapia ocupacional, 4(14), pp. 9-12.
- Paredes G; Herrera R. (2016) Algunas breves consideraciones sobre el grupo y las psicosis en un entramado institucional. Disponible en: <http://tend.uy/articulos/algunas-breves-consideraciones-sobre-el-grupo-y-las-psicosis-en-un-entramado-institucional/>
- Percia, M. (1997) *Notas para pensar lo grupal*. Buenos Aires
- Suppo, S. (2015) Lo grupal. Notas para supervisión institucional. Hospital Escuela de Salud Mental. Entre Ríos, Paraná, mimeo.

Cómo citar esta conferencia:

Arias, A. y Suppo, N. (2020). Grupalidades, instituciones, experiencia. *Revista Argentina de Terapia Ocupacional*, 6(2), 77-83.